

José M. Roca

23-J-23. A la derecha, el "ruido"

¿De dónde venimos?

Tras intentar forzar un adelanto electoral en circunstancias que no lo aconsejaban -la pandemia del coronavirus-, en el Partido Popular (PP) habían decidido que en 2023 acabaría la etapa política del <sanchismo>, iniciada en junio de 2018 con la moción de censura impulsada por el PSOE contra el Gobierno de Rajoy por su rechazo a asumir responsabilidades políticas ante una sentencia de la Audiencia Nacional sobre el "caso Gürtel", conocida en el mes de mayo.

La Audiencia señalaba en el PP una "estructura de contabilidad y financiación ilegal", que formaba "un sistema genuino y efectivo de corrupción institucional a través de la manipulación de la contratación pública central, local y autonómica". Además, dejaba a Rajoy como un embustero, al añadir que no había sido "veraz" en su declaración como testigo en el juicio.

Ya no se trataba de sospechas, denuncias o acusaciones de casos "sub judice", sino de una sentencia judicial sobre la célebre y extensa trama de corrupción, que dejaba en muy mal lugar a Rajoy, quien pudo dimitir o convocar elecciones, pero, crecido por la fallida moción de censura presentada por Podemos el año anterior, reusó hacerlo y prorrogó la etapa de interinidad iniciada en las elecciones de noviembre 2015, en las que el PP perdió la mayoría absoluta (PP 123 escaños, 186 en 2011; PSOE 90, 110 en 2011; Podemos 69; Cs 40).

En enero de 2016, Rajoy declinó la invitación real a formar gobierno y, tras las elecciones de junio de ese año (PP 137 diputados; PSOE 85; UP 45; Cs 32; ECP 12), siguió de presidente en funciones hasta junio de 2018.

En el PP no admitieron la legalidad de la moción de censura, calificada incluso de golpe de Estado, porque habían negado los casos de corrupción -"una campaña contra el Partido Popular", decían-, que, a escala local, regional y nacional y con varias docenas de imputados, anegaban su gestión. Por tanto, tras la obligada renuncia de un Rajoy cansado y paralizado, el gobierno surgido de la moción de censura fue calificado de ilegítimo.

Políticamente, la situación era nueva: el bipartidismo se debilitaba en favor de dos nuevos partidos que surgían con fuerza: Ciudadanos, competidor del PP por el centro, y Podemos, un adversario radical surgido de las protestas sociales (15-M-2011) contra la recesión de 2008. Rajoy había perdido el gobierno en la primera moción de censura triunfante de la etapa democrática y Sánchez tanteaba la posibilidad de formar gobierno con Unidas Podemos.

Demasiadas novedades ante las expectativas de una larga etapa de hegemonía conservadora, anunciada por Aznar en 1996, cuando acometió la "segunda transición", un ambicioso proyecto involucionista que pretendía introducir cambios de corte autoritario en el régimen político, reformas económicas, fiscales y laborales ajustadas al neoliberalismo imperante y reorientar la política exterior en función de la hegemonía republicana en la Casa Blanca. En 2004, el proyecto se interrumpió con la victoria electoral de Zapatero, pero, desde 2011, Rajoy lo aplicó sin titubeos, amparado en las medidas dictadas por la UE, el BCE y el FMI contra la gran recesión, sobrevenida en 2008 con la explosión de la burbuja inmobiliaria.

Tras las dos elecciones de 2019, la misma calificación de "ilegítimo" mereció el primer gobierno de coalición -el único posible, según los escaños- ensayado por el PSOE con UP, con apoyo de partidos nacionalistas, cuya sentencia de muerte dictaron los partidos de la derecha el mismo día (7/1/2020) de la investidura de Sánchez por mayoría simple: 167 votos a favor, 165 en contra y 18 abstenciones.

Teniendo en cuenta lo anterior, se explica el interés de las derechas por acabar en 2023 el ciclo iniciado con el desfavorable resultado electoral de 2015.

Intereses de clase, estrategia "amarilla"

Desde el punto de vista periodístico, la campaña electoral del PP -ha reducido las elecciones locales, autonómicas y generales a una sola y en clave nacional- ha sido intensa, faltona y sensacionalista; "amarilla", con abuso de la exageración y el trazo grueso, acorde con lo dicho y hecho a lo largo de la legislatura, en que la derecha ha vuelto a mostrar su mal perder. Es una táctica probada y repetida por el PP cuando pierde el gobierno, porque se siente expropiado de lo que cree que le pertenece por historia, superior naturaleza -la "gente de bien"- y por designio divino en la España eternamente católica.

Con Vox y un agónico Cs formando un

inverosímil "bloque constitucional", el PP ha querido provocar un adelanto electoral obstruyendo la actividad institucional (bloqueando nombramientos) y parlamentaria, y las relaciones internacionales, presentando una surrealista moción de censura o promoviendo en barrios de la "gente de bien" protestas callejeras a "favor de la libertad", pero contra las medidas sanitarias del Gobierno, dictadas por la Organización Mundial de la Salud durante la pandemia de coronavirus.

Espoleada por Vox y para evitar el calificativo de "derechita cobarde" emitido por los portadores del neofranquismo "valiente", la bancada "popular" ha llevado la crispación a las cámaras con la farisaica rutina de rasgarse las vestiduras en cada sesión para cargar contra Sánchez y sus socios o por negociar con los partidos nacionalistas, cuando hemos visto al PP apoyando a CiU en el Parlament y a CiU apoyando al PP en el Congreso, pero, sobre todo, por hacer lo contrario de lo que hizo el gobierno de Rajoy, que fue ayudar a que los ricos se hicieran más ricos durante la gran recesión, aplicando la doctrina del "shock" (Naomi Klein).

Lo que llena de indignación a las derechas es que la izquierda trate de modificar las relaciones de fuerza derivadas de la desigual distribución de poder y riqueza, que aumente la propiedad colectiva representada por el patrimonio estatal, que se perjudique a los estratos sociales mejor situados, que se suban los impuestos a las rentas altas, que se graven los beneficios extraordinarios de la banca y de las grandes empresas, que se suprima el "impuesto al sol", que era una excepción española favorable al oligopolio eléctrico, que se limite el precio de los alquileres, de los combustibles o de los artículos de primera necesidad y se lesione con ello el beneficio empresarial, porque los oligopolios que determinan el capitalismo español, las grandes empresas, el Ibex 35 y las compañías que cotizan en Bolsa, son las intocables vacas sagradas de la religión de la derecha española, que es el capitalismo autoritario, conocido hoy con

el eufemismo de neoliberalismo, asumido por quienes nunca han sido liberales.

Igualmente, los dirigentes de un partido que tiene la desfachatez de denominarse "popular" sin serlo no pueden soportar la intención de mejorar la suerte de las clases populares y de ampliar los derechos civiles. Pero esa mezquina moral de distribuir la riqueza hacia arriba de la pirámide social, alegando que cuanto más se llene la mesa de los epulones, más migas caerán en los cuencos de los pobres lázaros, esconde intereses de clase detrás de la bandera del patriotismo y la unidad nacional, en un país dividido profundamente por la desigualdad de rentas y de oportunidades, por lo cual el día a día se ha llenado de bulos y falsedades sobre un gobierno catastrófico, que dilapida dinero público y cede a las presiones de "los enemigos de España", que es el pretexto para justificar que los verdaderos patriotas -"gente de bien"- deban acabar con él, cuanto antes.

Se ha criticado al Gobierno desde todas las instancias en que la derecha manda, pero en particular desde Madrid, donde Isabel Ayuso, como preferente ocupación, se distingue por su hostilidad hacia el Ejecutivo, al que ha dirigido su "artillería" con ofensas y consignas más que con razones. De Madrid han salido los más delirantes mensajes -"ETA está viva, está en el poder, vive de nuestro dinero y quiere destruir España" (Ayuso) o "la capital de España no será Madrid, sino Waterloo" (Gamarra)- sobre la situación apocalíptica de un país situado (otra vez) al borde del abismo, dibujado en las cámaras, en la prensa y las emisoras de radio y televisión "amarillas", en tertulias "amarillas", en encuestas igual de "amarillas" y en las amarillentas redes de forofos, que han multiplicado con dislates propios los aportes de sus ideólogos. No importa que la realidad cotidiana lo desmienta, que las cifras lo nieguen y que los planes del Gobierno hayan sido respaldados por la Unión Europea, la OCDE y el FMI, instituciones poco proclives al comunismo bolivariano, porque la derecha no puede admitir que, en una situación mundial muy com-

pleja, mientras Alemania bordea la recesión, crezca la economía española, y en julio haya sido la tercera con la inflación más baja.

Difundido por medios serviles, el sensacionalismo ha llenado la opinión pública de titulares alarmantes denunciando cada día una nueva vileza del Gobierno, otra deslealtad de sus socios, una nueva factura de sus apoyos parlamentarios, un nuevo pacto secreto, una nueva traición al país o una nueva argucia de Sánchez (un "pucherazo") para conservar el poder, con lo cual se ha querido justificar un ineludible adelanto electoral para impedirlo. El propósito de todo ese "ruido" ha sido acabar pronto con el <sanchismo>, sin lograrlo. Y, paradójicamente, quienes querían un adelanto electoral se han sorprendido ante la rápida convocatoria de las elecciones generales.

PP: un partido político sin política

A lo largo de toda la legislatura, en el PP han querido elevar la tensión política, pero les ha faltado lo principal, que es discurso político, la materia prima con la que, si no se va de aficionado o de farsante, se debe ejercer la labor de oposición y elaborar un programa alternativo.

Del PP no ha salido un discurso dotado de cierta coherencia sobre la situación del país y, al menos, de Europa; ni un dictamen verosímil sobre la coyuntura con la intención de situar a sus seguidores en las circunstancias concretas del momento, dentro de un ciclo económico y político preciso.

Al contrario, lo transmitido por sus portavoces revela incoherencia, fragmentación, desubicación geográfica y temporal, transmitidas en una sarta de frases ofensivas, acusatorias y chocantes; de invectivas, presunciones, consignas, bulos, mentiras y algunas verdades a medias, saltando etapas, despreciando fechas e ignorando los contextos, en un confuso y hasta contradictorio diagnóstico de tipo impresionista, o mejor surrealista, sobre el país y la acción del Gobierno, que denota la falta de guion del equipo dirigente y, sobre todo, de guionistas; es decir, de intelectuales.

Es este un viejo problema de la arriscada derecha española en cualquiera de sus versiones, que, a pesar del tiempo transcurrido, aún no se ha librado de resabios de la mentalidad franquista, como son una concepción patrimonial del país, una noción vertical y autoritaria de ejercer el poder y una utilización instrumental de la democracia, cuando no considerada un mero trámite o un estorbo.

El tono y el estilo, la forma y, sobre todo, el contenido de la campaña electoral, que incide en lo ya dicho (gritado) durante la legislatura, muestran la mediocridad política de la dirección del PP, su inanidad intelectual, su falta de referencias teóricas, históricas y doctrinales y su dificultad para organizar un discurso lógico, que enlace sus posiciones políticas, no solo sus emociones o sus reacciones, con su programa, que sea capaz de superar las ocurrencias, los chistes, los ramplones argumentos de barra de bar y los manidos tópicos con una retórica de hace sesenta años.

A pesar del tiempo transcurrido, es notable la dificultad de la derecha española para alejarse de las bases políticas de la dictadura y aceptar el funcionamiento del régimen democrático y la evolución de los derechos civiles, entre otras razones por la falta de intelectuales que se hayan ocupado de esa tarea [J. M. Vera: "Tradiciones y tentaciones de la derecha española", en *La derecha furiosa*, SEPHA, 2005].

Hoy, los teóricos de la derecha se hallan entre los defensores del neoliberalismo, en la conferencia episcopal, en divulgadores del *trumpismo* y entre los periodistas y los tertulianos, con su inclinación al gran titular, al regate corto y al toreo de salón, pero se percibe la debilidad de un discurso específicamente político que aleje al Partido Popular de los persistentes residuos del franquismo y lo acerque a los postulados de la derecha conservadora europea.

Carente de intelectuales de talla, el partido de la derecha española se asienta sobre unas pocas y rancias ideas con regusto militar y eclesiástico, reafirmadas por Vox, pero sin disponer de una teoría sobre el

gobierno civil y la democracia, ni siquiera de corte reaccionario; es un partido sin discurso político, que parece unido por la práctica de los intereses de clase, la propiedad privada, la monarquía y la iglesia católica y el ejercicio exclusivo del poder, pero sin que ello haya servido para hilvanar un discurso político en un momento de controversia como es una campaña electoral, cuando se trata de expulsar del gobierno a los "enemigos de España", que amenazan todo eso que se defiende tan mal.

Su campaña ha sido hipercrítica, larga y crispada, pero sin política, ni tampoco propaganda sobre un mínimo programa o los ejes de un proyecto, que, dada la agónica situación descrita, debería ser de "salvación nacional". Si ese ha sido el propósito, ha estado muy mal explicado.

La campaña electoral ha sido más bien de agitación contra el adversario *-enemigo de España-* para mantener a los votantes conservadores en continua tensión emocional, preparados para movilizarse contra el Gobierno de coalición y sus apoyos, más que a favor de un programa propio, difícil de atisbar. La consigna "derogar el <sanchismo>", que es de una gran simpleza, revela la subordinación del Partido Popular respecto a lo realizado por Sánchez, pues se limita a intentar deshacer lo que su oponente ya ha construido. Lo cual no habla, precisamente, en favor de Feijoo y de su equipo.

El <sanchismo> o la pereza teórica

Más allá de calificativos prestados, como el "comunismo bolivariano" o el "gobierno Frankenstein" (tan Frankenstein como el de Ayuso, Cs y Vox), el Partido Popular no ha sido capaz de definir con algo de esfuerzo y originalidad lo que representa el gobierno de coalición y su labor reformista, que le parece reprobable solo por ser coalición de izquierda y ser reformista, es decir, no ser un gobierno de la derecha.

Los ideólogos del PP no han definido claramente el <sanchismo>, pero lo han perfilado a retazos, con la suma de bulos y críticas parciales. El <sanchismo> es la suma

de todos los males sin mezcla de bien alguno, parecido al infierno descrito en los catequismos católicos; es un término para definirlo todo, que no define nada. Para definir algo hay que tener algunas ideas y trabajarlas, pero en el PP son muy gandules y van a lo fácil. El <sanchismo> es una muletilla, un cómodo comodín, al que cada conservador carga con los desmanes que prefiere, ignorando la realidad y atendiendo, no al discurso político, porque no lo hay, sino al bullicio mediático, al "ruido amarillo", al sensacionalismo de la prensa derechista, de las emisoras de radio y televisión civiles y eclesiásticas, de las encuestas, igualmente amarillentas, y de las crispadas redes sociales teñidas del mismo color.

El <sanchismo> es un fantoche, una "burbuja" construida con "ruido"; es el enemigo ficticio que la derecha necesita ante su falta de capacidad para emitir un dictamen acertado de la realidad, que se desprecia por principio, y proponer un programa alternativo para actuar sobre ella en sentido opuesto al del adversario.

Desde la derecha se ha ido construyendo un relato simple, bipolar, maniqueo y facilón, de buenos y malos; o de malos muy malos -nacionalistas y comunistas bolivarianos- y la "gente de bien", con lo cual, el PP, con la consigna "España o Sánchez", recupera la división franquista entre España, la única y verdadera, y la anti-España, que fueron los derrotados en la guerra civil defendiendo el gobierno legal. Así, la mitad del país son los verdaderos españoles, votantes de la derecha, "gente de bien", mientras el resto, la otra mitad, son los excluidos, que, al parecer, son forasteros, transeúntes o apátridas.

La consigna "derogar el <sanchismo>" -jurídicamente inconsistente- revela la falta de un programa propio, que se suple con el propósito de acabar con la obra del adversario, como si, una vez "derogado" todo lo hecho por Sánchez, se pudiera dejar un vacío o recuperar la realidad anterior. En la consigna solo está claro el propósito, que es acabar con el Gobierno de Sánchez, pero no aparecen razones de peso, sino pueriles,

ni un programa alternativo, solo el intento de deshacer lo hecho y volver atrás, una táctica repetida de la derecha española, cuyo motivo de existir es deshacer lo que hace la izquierda para servir a los de siempre, teniendo como principios rectores la autoridad, la propiedad y la desigualdad.

El modesto resultado del ruido amarillo

A pesar de lo dicho, la derecha ha logrado convencer a mucha gente de que vive en un mundo paralelo, construido con bulos, exabruptos y falsedades; una especie de "matrix" con poca inteligencia artificial y, desde luego, natural.

La campaña antigubernamental a escala nacional ya estaba hecha de cara a las elecciones locales y autonómicas, y, ante la convocatoria de las generales, en el PP tuvieron que improvisar algún aderezo, porque había pasado el momento de los barones regionales, que permitió a Feijóo moverse sin asumir compromisos en los pactos con Vox, pero, por sorpresa, había llegado el momento de probar su valía como dirigente a escala nacional. Y ahí se percibió el fuste provinciano del nuevo líder para ratificar el 23 de julio el triunfo del 28 de mayo y concluir la tarea de acabar con el <sanchismo>.

Feijóo llegaba al 23-J acunado por el optimismo, pues el éxito de la oposición al Gobierno durante la legislatura lo avalaban los resultados electorales de mayo, y la mayoría de los sondeos de opinión, que actuaban a favor de que se cumpliera la profecía de acabar con "el peor gobierno de la historia de España", tanto si el PP contaba con apoyo de Vox, o incluso sin él, si alcanzaba la mayoría absoluta para gobernar en solitario, como avanzaban algunos sondeos.

Y un confiado Feijóo entró en la campaña impulsado por estos y por el aparente éxito en el debate televisado frente a un Sánchez desconcertado por la táctica filibustera de quien aspira a ser presidente del cuarto país de la Unión Europea utilizando métodos de trilerero. Pero analizados la estructura y el contenido del debate, el resultado no fue

tan halagüeño para el aparente vencedor, pues dejó en evidencia la cantidad de bulos y mentiras soltados a toda velocidad, al ser comprobados los datos y las fechas, y quedó de manifiesto la mala fe de algunas de las críticas del líder popular, que no merecieron el esfuerzo de ser desmentidas por su oponente, tales como que Sánchez fue el culpable de la quiebra de *Caja Madrid Bankia*, como si no hubieran existido Blesa y Rato, o que la investigación de las escuchas del caso "Pegasus" se paralizó por su negativa, cuando la obstrucción llegó de Israel.

La campaña siguió, no obstante, por ese derrotero -no tenían otro-, con nuevas sospechas de "pucherazo" (manipulación del voto por correo y ventajismo en la fecha elegida), confusas explicaciones sobre su relación con el "contrabandista" Dorado, alusiones machistas al maquillaje de Yolanda Díaz, oscilante relación con Vox, según la predicción de las encuestas, y la tendencia del candidato a ignorar las grandes cifras y a negar el crecimiento del país, avalado por organismos internacionales, hasta que una periodista de RTVE puso a Feijóo en apuros al rogarle más precisión en lo que decía. Todo ello, más el conocimiento de los costes de los pactos municipales y autonómicos del PP con Vox, impulsó la movilización del electorado de izquierda y alejó el resultado de las elecciones generales de lo esperado por la derecha. Aun así, el PP obtuvo 8 millones de votos, revelando las insondables razones de las decisiones humanas.

Es un misterio saber las razones por las cuales tantas personas han elegido como posible presidente de su gobierno a un tipo con dificultad para articular un breve discurso político; que es mediocre, tiene un limitado horizonte provinciano y unas amistades muy sospechosas (hay pruebas), no ha declarado el sueldo percibido en el PP, que se suma al de senador, ha impedido renovar durante más de cuatro años el Tribunal Constitucional y el Tribunal Supremo y los cargos que dependen de ello, y aún retiene, concluida la legislatura, la

renovación del Consejo General del Poder Judicial con el mandato caducado desde hace cinco años, y que, al mismo tiempo, acusa a Sánchez de "ocupar la justicia"; y que, además miente y está mal informado sobre su propio país, no digamos sobre Europa. ¿Qué confianza puede suscitar este sujeto para confiarle la dirección del Gobierno?

Es un enigma, o un milagro -un milagro español, claro-, que 8 millones de votantes hayan creído que puede ser presidente del cuarto país de la Unión Europea un hombre de vida y experiencia provinciana, que solo percibe a corto plazo y en un horizonte espacial muy limitado, que está influido por el irracionalismo de Vox en problemas urgentes y fundamentales como los efectos del cambio climático, y que, como buen ignorante, actúa por reacción a lo que hace la izquierda, lo cual en esta coyuntura es suicida.

Las elecciones generales del 23 de julio han dejado un país políticamente dividido casi por la mitad, equiparados en votos y representación; son dos bloques, dos modelos y dos velocidades: la España rancia, con freno y marcha atrás, y la España nueva y en cierto modo, apresurada; dos ideas de país: uno de derechas, católico, intolerante, tradicional y autoritario, y otro más de izquierda, moderado, periférico, diverso y en ciertos aspectos tolerante, que trata de adaptarse a un mundo cambiante.

El PP ha sido el partido más votado, pero eso no significa que pueda gobernar. Ha obtenido 8 millones de votos, el PSOE 7,7 millones, pero Vox, el único socio posible, ha sufrido una importante pérdida de escaños.

La formación del gobierno se presenta difícil, pues los números están muy ajustados. Teniendo en cuenta que la mayoría del Congreso son 176 escaños, el PP y Vox suman el voto de 170 diputados, pueden añadir los de UPN y Coalición Canaria, 172, pero aún faltan cuatro para la mayoría absoluta. El PSOE y Sumar juntan 152 votos, a los que pueden añadir 7 de ERC, 6 de Bildu, 5 del PNV y 1 del BNG para

sumar 171. La llave del gobierno está en los 7 votos de Puigdemont, que puede abstenerse, y entonces ganaría la derecha, que tendría más síes que noes y Feijóo podría ser investido presidente del Gobierno. Si presta los votos necesarios al bloque de izquierda, sería posible un nuevo gobierno de coalición presidido por Sánchez. Pero si votan no a cualquier investidura, nadie podría formar gobierno y habría que repetir las elecciones. Con esos 7 votos en la mano Puigdemont puede negociar y, de momento, parece que el precio será alto y es posible que Sánchez se preste a pagarlo o, mejor, dicho, a negociar su pago. Por el contrario, Feijóo no podría hacer eso; por principio no puede negociar con un independentista fugado después de todo lo que en el PP se ha dicho, pero no es de esperar que su llamada sea atendida, dada la negativa del PNV, porque, además "los enemigos de España" no pierden de vista las elecciones autonómicas del año que viene.

Un Feijóo, errático y desconcertado, después de haber solicitado a Sánchez que le ayude a acabar con el <sanchismo> permitiéndole gobernar, ya que ha obtenido más votos que él, depende de Vox, un socio, un pariente y la competencia ideológica, que habiendo perdido 19 escaños solo puede prestar una ayuda que resulta insuficiente. Y no hay más combinaciones; y queda la lección de que, siendo la lista más votada, otros, más capaces de negociar, pueden formar gobierno.

Feijóo sabe que el tiempo va en su contra, que el presunto prestigio traído desde Galicia se evapora con rapidez y que Ayuso no descansa. Necesitaba un gran triunfo electoral, pero, aun siendo la lista más votada, ha cosechado un fracaso a escala nacional, que es donde él se medía, que puede acabar con su carrera, al menos en Madrid.

Calculó mal cuando planteó el dilema "España o Sánchez", porque si el PP venía, según sus cálculos ganaba España, pero si perdía, perdía España y ganaba Sánchez, que representa la anti-España. ¿Y en qué situación quedaba, entonces, Feijóo

como esperanza de la recuperación de España?

Y con esto volvemos al principio, a 1996, y, sobre todo, al año 2000 y al país diseñado por Aznar, cuando dio por acabada la Transición, para empezar la II Transición, que era la verdadera, la dirigida por él.

"España necesita una nueva leyenda" dijo en el libro de ese título, y él se la iba a proporcionar uniéndola al proyecto imperial de Bush jr. Aznar pretendía "sacar España del rincón de la historia", a donde la habían llevado los malos gobiernos de Suárez y González, para ubicarla entre las grandes potencias.

Ese era el sueño de Aznar actuando como un visionario: "Estamos cambiando la política española de los últimos doscientos años", le decía a Bush en vísperas de la invasión de Iraq (Actas de la reunión en Crawford, *El País* 26/9/2007). Y ese sueño debía ser conducido por un partido firme y poderoso, que, después de Alianza Popular y Coalición Democrática, era el renovado Partido Popular, el único partido verdaderamente patriótico y auténticamente español, cuya misión es estar siempre alerta para impedir la división de España. "Solo un PP muy fuerte evitará una España plurinacional", ha repetido hace poco *El Líderísimo*. Y si en Génova hubiera algún tipo de flaqueza sobre esa sagrada misión, ahí están Ayuso y Abascal para recordarla.

Madrid, agosto, 2023.